



K. Nkrumah: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*. Siglo XXI editores. México, 1967. 222 pp.

sistió en que su comprensión estuvo limitada por el capitalismo; formaba parte del sistema existente y lo vio desde dentro. Rara vez salió fuera de él, despreciaba y detestaba a Marx y a toda su manera de pensar debido a una profunda inhibición emocional. Sin embargo, en un sentido, logró alterar la manera de "pensar del mundo en general acerca de los problemas económicos".

—Iván Restrepo Fernández

El abismo que separa a los pueblos desarrollados de los de incipiente desarrollo es un tema que preocupa, aunque por diversas razones, tanto a los dirigentes y estudiosos de uno como de otro sector. En los órdenes nacional e internacional, a través de conferencias y simposios, este problema —cuyas características son de diagnóstico contemporánea— está produciendo una creciente bibliografía, entre la cual se encuentran desde argumentaciones que aluden a la cuestión sin intentar el compromiso de sondear en su etiología, hasta otros que enfatizan sobre determinadas causas que pudieran ser las generadoras de esta situación.

Entre estos últimos podría ubicarse el libro escrito por

el expresidente de Ghana, K. Nkrumah, no mucho antes de que fuera desalojado del poder.

Al margen del propio punto de vista que el lector pueda tener formado respecto de la política internacional, no se puede dejar de reconocer que Nkrumah ha afirmado su tesis no sobre supuestos, sino en elementos concretos y consistentes como los que se desprenden del operar de la alta finanza internacional. Se puede comprobar, entonces, que muy contadas veces puede uno hallarse ante un libro tan denso de contenido, tan documentado como desprovisto de oropeles y en el que campean una claridad de principios, una precisión en la exposición de sus ideas, como no se encuentra con frecuencia en libros de esta naturaleza. De allí que se trata de uno de los trabajos más importantes y efectivos que se hayan realizado en defensa de los pueblos subdesarrollados, víctimas —según define el autor— de la expolia-

ción por el neocolonialismo. En esta obra, que es casi un tratado de economía política del Africa, Nkrumah nos presenta, ya desde el comienzo, una serie numerosa de "amigos" que nos acompañarán durante toda la extensión del libro. Entre ellos, se destacan por su "popularidad" y otras razones por demás conocidas, los Morgan, los Rockefeller, los Oppenheimer y los Patiño. Su contacto, a través de las alusiones permanentes y obligadas, nos irá resultando familiar, y ya estemos en el desierto Sahara o en la City londinense, en el altiplano boliviano o en la capital belga, en las minas de Rodesia o en Wall Street, en el lago Maracaibo o en París, en Indonesia o en Bonn, su presencia será inseparable.

Nkrumah demuestra ser un capacitado cicerone para guiarnos por tan intrincados laberintos de la finanza internacional, obsesiva maraña de intereses que, tejida con sumas fabulosas, recubre todos los continentes. De esta for-

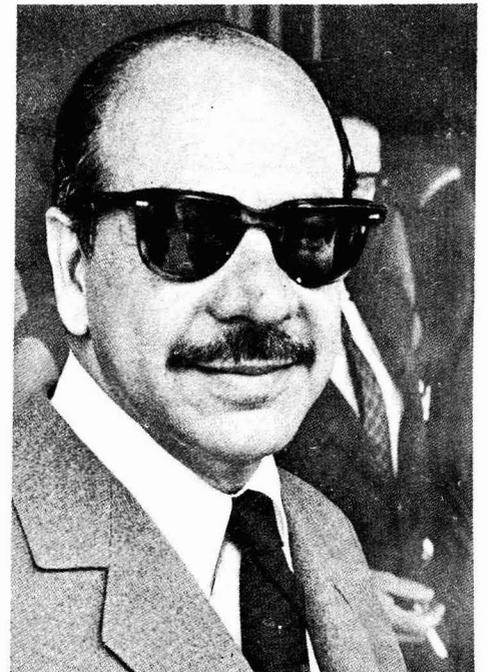
ditos, una elaboración condenada a no llevarse a la práctica". La pretensión de Benítez, no es la del científico, pero comparte con el antropólogo el desaliento respecto de la posible repercusión de su trabajo personal. Aquel silencio que ni siquiera permite escuchar al propio silencio, ese vacío manifiesto que nace casi siempre alrededor de la obra de alguien ha acompañado a Benítez también. ¿De qué le sirve agitarse, anotar, correr, fatigarse si su obra publicada no conducirá a la acción? "Al menos —como dice refiriéndose a la condición del antropólogo— puede transmitir su vergüenza a los otros y la vergüenza, ya se sabe, es un sentimiento revolucionario."

"Una es nuestra actitud por los indios muertos y otra muy distinta nuestra actitud por los indios vivos" asevera Benítez y es apenas justo. Para probarlo nos recuerda que el gasto público que percibe anualmente el mexicano es de 15%, en tanto que el del indio es de un 2%. Como los más distinguidos antropólogos mexicanos han rechazado reiteradamente dedicarse a trabajos de divulgación —posición contraria a la adoptada por los científicos e investigadores en verdad importantes de Europa y los Estados Unidos— las aportaciones de Benítez inician esa tarea de cubrir la carencia del eslabón que ha desprovisto a la Antropolo-

gía en México de un sentido social más amplio; es decir, Benítez viene a ser el lazo de unión entre el investigador y el interés del público no especializado; descuidar a éste no puede dar más fruto que un desconocimiento general del trabajo antropológico; ignorancia que impide la integración de las ciencias sociales dentro de la imagen popular de la cultura nacional. Es en este problema donde Benítez juega un papel de gran importancia.

El indio entra a formar parte de la Historia occidental en el momento del descubrimiento de América y ocupará numerosos volúmenes durante la Conquista. Con el establecimiento de la Colonia el indio comienza a dejar el primer plano hasta prácticamente desaparecer de una Historia narrada por españoles y criollos. El movimiento de Independencia trae aparejada la reaparición histórica del indio, pero ya abolida la esclavitud legal no le queda más que morir en las filas insurgentes sin haber adquirido una clara conciencia de esa lucha. Las Leyes de Reforma tampoco lo benefician. El presidente indio dedica su energía al futuro sin recordar la base indígena de la pirámide nacional.

Porfirio Díaz significó para los indígenas el regreso (¿o debemos decir la



permanencia?) del *status* colonial. Los indios eran la posibilidad, la seguridad de la producción de autoconsumo nacional. México conoce entonces el lamentable y doloroso tránsito de esa agricultura de autoconsumo a la agricultura de exportación. Las industrias extranjeras crecían en la medida en que afinaban su

ma, el autor nos transporta, de la sede de un Directorio a otra —de un continente a otro—, nos presenta a sus directores —que si se trata de la centésima sociedad anónima, veremos que están vinculados incluso hasta con la primera— y nos demuestra con sus datos contables a cuánto ascienden sus siderales ganancias y cuál ha sido el lucro succionado a los países subdesarrollados.

“En 1954-1955 —señala Nkrumah—, cuando la producción de Ghana fue de 223 mil toneladas métricas, las ganancias para 1955 obtenidas de la cosecha de cacao fueron 85 y medio millones de libras esterlinas. Este año, con una producción estimada en 600 mil toneladas, las ganancias externas estimadas llegarán a 77 millones de libras esterlinas. Nigeria ha pasado por una experiencia similar. En 1954-1955 produjo 90 mil toneladas de nueces y recibió por su cosecha 39 y cuarto millones de libras esterlinas. En 1965 se estima

que Nigeria producirá 315 mil toneladas y seguramente recibirá alrededor de 40 millones de libras esterlinas. En otras palabras, Ghana y Nigeria han triplicado su producción de este producto agrícola en particular, pero las ganancias brutas de su venta han bajado de 125 millones a 117 millones de libras esterlinas.”

He ahí el meollo de la cuestión sobre la que se basa la tesis del exmandatario ghanés. Y los ejemplos abundan. Surge del texto que de nada sirve preocuparse por aumentar la producción en esas condiciones, cuando ello significará estar esforzándose por beneficiar exclusivamente a los grandes monopolios internacionales. Éstos, además, como se nota mayormente en los productos minerales o forestales, realizan todo el procesado en plantas industriales de los países desarrollados, para luego venderle estos productos a precios abusivos a los propios países de donde han tomado la materia prima



explotación de los hacendados, los cuales, a su vez, intensificaban su explotación del indígena. La Revolución devora a sus creadores y los indios mueren sin saber, otra vez, por qué. Cárdenas realiza algunas ideas concebidas en la Revolución y el régimen se desplaza del centro a la periferia, pero los sucesores de Cárdenas, en retroceso constante, sofocados por la idea de que se había llegado demasiado lejos, permiten el nacimiento del latifundio financiero.

Y en una nación libre, donde los únicos que permanecen literalmente colonizados son los indios, se presenta la necesidad popular de un héroe, de varios héroes también populares. En la nuestra, nación mestiza, india, criolla, el último héroe nacional es indígena: Cuauhtémoc, cuyos supuestos restos bastaron para convocar la actualización de los de Hernán Cortés. Las necesidades oficiales hicieron que volvieran subrepticamente a su tumba original.

Adviene el descubrimiento del indígena y lo indígena. Culmina en el orgulloso esplendor del Museo de Antropología con estanterías que exhiben lo mejor de su cultura, las *tours* obligadas a nuestras deslumbrantes ciudades fantasmas, los emocionados preparativos de *Luz y sonido* y todo lo que da margen a olvidarnos de los “indios vivos” y de la desvergüenza

del mexicano.

La muralla de que habla Bulnes está en pie y para derribarla será necesario el entendimiento teórico y práctico de los indios y su cultura. Para ayudar en esa tarea Benítez viajó a la Tarahumara.

El primer choque estremece al escritor. El paisaje es extraño y extraños los pobladores. El visitante siente el espacio infinito que lo separa de éstos sus compatriotas. Si el paisaje montañoso, si los bosques y los ríos vistos desde una avioneta le permiten evocar a Goethe, San Juanito, Creel y Bocoyna le ofrecen el golpe brutal de sus derrotados moradores blancos. Luego, Sisoguichi, restos del esplendor misionero jesuita que ahora se contenta con adiestrar a un puñado de niños en algunas artesanías. Nadie sabe ya si adelantan o retroceden.

Guachochi y los gambusinos. Lo que queda de ellos. De los comerciantes (comerciar en todo es el único lema de subsistencia para el blanco de estas regiones), de sus trácalas con los inspectores y fiscales. El fatigoso tedio que lo envuelve todo. La vida gris, la trayectoria de vida a muerte que no tiene el menor asomo de sonrisa ni de felicidad. El mestizo no convive con el indio tarahumara porque trae con él su propia civilización y ante ella el nativo tarahumara se dobla de miedo, abandona los bosques, sus bos-

ques, y se refugia en las cuevas.

Los médicos, los ingenieros, los maestros y algunos indios informan al autor de la vida del pueblo, del hacedor de dioses (que no es indígena) y sus consejas que los explotadores madereros incrementan. Contra todo eso trabajan maestros, médicos y antropólogos bajo la égida del INI. Este Instituto, que para lograr lo que su propia política le dicta tendría que asumir la responsabilidad económica y social implícita a los planes integrales, se limita a llenar una serie de necesidades detectando cuál es la más importante de todas. La labor quedará siempre trunca. A cada paso el lector se sentirá más y más abatido, más y más consciente. Pero no todo está perdido. Cusá-rare vuelve a poder de los indios después de 30 años. Y la paradoja: esos indígenas que viven en la miseria son millonarios, pero el despojo, el abuso, el colonialismo, el burocratismo, la centralización y el robo no les han dejado más patrimonio que el hambre, el alcohol y el suicidio.

Más audaz, *En el país de las nubes*, la Alta y Baja Mixteca, cuyos pobladores fueron los héroes de una gran historia, el autor va más lejos que en sus anteriores trabajos y usando como punto de partida el descubrimiento de la Tumba 7 de Monte Albán, realizado por Alfonso Caso al frente de un grupo de investigadores,

a precios de regalo. Y cabe añadir que esa materia prima la transportan en compañías navieras de las propias sociedades —o vinculadas—, a las cuales se hallan, asimismo, ligadas las empresas de seguros a cargo de la cobertura del riesgo.

De esta manera, concluye Nkrumah, no sirve de mucho la independencia política de los nuevos Estados africanos —aunque considera sólo verdaderamente independiente a Kenia— si no se llega a concretar una auténtica unión continental, con la creación de bancos propios, la complementación de tipo industrial en la que un Estado suministre a otro la fuerza motriz que le falta, la organización coordinada y científica de la producción agrícola, única forma de poder hacer frente a los cártels y monopolios que ejercen su acción imperialista.

Afirma el autor que la antigua forma de imperialismo, el colonialismo, ha sido sustituida por el neocolonialismo, cuyo resultado es que el capi-

tal extranjero se utiliza para la explotación más que para el desarrollo de las partes menos desarrolladas del mundo y así, bajo el neocolonialismo, aumenta mucho más de lo que disminuye la distancia entre los países ricos y pobres. Añade luego que el neocolonialismo es también la peor forma de imperialismo. Para quienes lo practican, significa poder sin responsabilidad y, para quienes lo sufren, explotación sin desagravio. “De 1959 a 1961, sin tomar en consideración el petróleo —dice Nkrumah—, el nivel general de precios de los productos primarios bajó el 33.1 por ciento, en tanto que los precios de los bienes manufacturados subieron un 3.5 por ciento. En la misma década esto ocasionó una pérdida para los países asiáticos, africanos y latinoamericanos, con base en los precios de 1951 de 41,400 millones de dólares.”

La “ayuda” que los monopolios suministran a través de los gobiernos a los países

subdesarrollados, se ha convertido en el procedimiento de explotación preferido. Pero la política de “guante blanco” no logra ocultar la rapiña, como lo apunta Nkrumah: Las cantidades promedio extraídas por los donantes de los países ayudados, como Ceilán, Indonesia y Camboya, en un año tomado por azar, como puede ser 1961, se estima que ascienden a 5,000 millones de dólares en utilidades, 1,000 millones en intereses y 5,800 millones de moneda no equivalente, o sea, un total de 11,800 millones de dólares extraídos, contra un total de 6,000 millones de dólares que ingresaron en concepto de colaboración.

Ofrece el autor una detallada descripción de las influencias de los monopolios en los conflictos políticos de los Estados africanos. Particularmente ilustrativa resulta en ese aspecto la correspondiente al Congo.

Después de aludir a los distintos métodos que denomina como infiltración ideológica

del imperialismo, por medio de supuestas organizaciones con propósitos solidarios, las publicaciones extranjeras, el sistema de comunicación de masas, etc., Nkrumah concluye sosteniendo que “el peligro para la paz mundial surge, no de la acción de quienes buscan el fin del neocolonialismo, sino de la inacción de los que permiten que continúe. Argüir que no es inevitable una Tercera Guerra Mundial es una cosa, suponer que puede evitarse cerrando los ojos al desarrollo de una situación que probablemente se produzca, es una cuestión completamente distinta”. Palabras de un ex presidente cuando aún se hallaba en el ejercicio del poder.

—Elías Condal



nos ofrece una breve panorámica histórica que logra establecer un violento contraste entre ese pasado de esplendor y la historia actual y cotidiana de los “indios vivos”. Caso ofrece a Benítez datos sobre ese pueblo y su esplendor cultural, su organización teológica, su arquitectura, su escultura, su alfarería, su orfebrería, sobre las influencias a las que se sometieron y los cambios que ellas significaron en su cultura, sobre sus conflictos políticos y los sistemas que implantaron para resolverlos.

Y del mundo de los códices interpretados por don Alfonso hemos de llegar a los días en que la región se mantiene de la venta de sombreros tejidos. Y allí donde lo único que no puede faltar es el maíz y ése falta, el prestigio de brujos y curanderos compite con el de los médicos del Centro Indigenista y es necesario proseguir la conquista idiomática del español y apoyar a los indios en su eterna lucha por las tierras.

Para Benítez, vemos claro, la fuente de información es la realidad misma y no las versiones “arregladas” del cine indigenista ni las interpretaciones poéticas de las mejores muestras de la literatura nacional. Es lo suficientemente agresivo como para desplazarse al sitio e investigar por sí mismo. Su sistema, en un periodista mexicano, es de excepción. Pocos, muy

pocos trabajan con este rigor y este amor a los sujetos de su estudio, ya que por lo general transforman sus superficiales experiencias personales en juicios definitivos o se limitan a cumplir encargos, que suelen estar bien remunerados, con la única consigna de no investigar realmente nada o de aparentar una investigación y llegar a las conclusiones que el que costea la empresa necesita esgrimir como valederas. Es necesario señalar que la diferencia entre la crónica de un periodista y el trabajo de un etnólogo deberá radicar en el rigor interpretativo con que se enfrenten a la realidad que les toca contemplar.

Como un condenado, o más exactamente como ánima en pena, Benítez siguió buscando. En el siguiente volumen de *Los indios de México* nos ofrecerá *Tierra de brujos y Peregrinación a Viricota*. Explica: “Me empecé en equilibrar la denuncia con el documento etnográfico, lo cual me violentaba porque es difícil sentarse en una cabaña y tomar nota sobre el tejido de los cestos o la estructura de los clanes, sabiendo que los informantes tienen hambre y aguardan con ansiedad el día de mercado en que deben enfrentarse a sus crueles compradores los mestizos.” Y al referirse a *Peregrinación a Viricota*, sin asomo de pretensión, nos

comunica sus intenciones: “puede verse como el primer ensayo de un etnólogo.”

Fernando Benítez seguirá penando seguramente, pues según sus propias palabras: “En México siempre es posible dar ese salto hacia atrás y caer en pie en la montaña, en la llanura, en el bosque mágico, en el tiempo de los cazadores y recolectores, en el neolítico.” “Somos —seguiremos siendo— . . . un paraíso de los aventureros y de los antropólogos. Asistimos al espectáculo de una supervivencia, de una petrificación de docenas de culturas, y al espectáculo no menos sorprendente de su desplome silencioso, de su liquidación. Todo ese mundo desaparece, se extingue, pero conserva aún tanta vitalidad interior, ha sido tan importante, ha determinado a tal grado nuestra historia, que su liquidación final aún está lejana.” Y en tanto que esa liquidación no llegue, Benítez sentirá, por encima de su voluntad, la necesidad inaplazable de seguir investigando y denunciando hasta que el tiempo de algún sabio político o iluminado marque la señal definitiva de un cambio. Pensamos que Benítez ya no lo espera y que con la práctica constante de medidas prudentes, se daría por bien servido.

*Los indios de México*. Ediciones Era, Col. Biblioteca Era. México, 1967. 514 pp.